

que la relega a condición de huérfana, no es investigado. No pregunta pero quiere saber y, de palabras oídas al vuelo, llega a desvelar secretos familiares... Con esas verdades nuevas, que muestran un mundo interior rico y turbulento, sobrevive, y, pese a las verdades que descubre y los abandonos que sufre, mantiene sus afectos.

Mariela es la propia autora, Jenn Díaz (Barcelona, 1988), asomándose al mundo de los adultos, desentrañando los misterios familiares que hubo en su propio hogar, secretos que quizás la dotaron de una mirada sutil y profunda. Mariela es también una personaje niña que podría haber habitado en el pueblo de Sender, o en los de Miguel Delibes, Ana M.^a Matute, Carmen Martín Gaité... autores del realismo de posguerra de quienes Díaz lo sabe todo: "Conozco tan bien los personajes de la Matute que a veces temo confundirme y darles vida en mis narraciones". En *Es un decir* la autora dedica un soberbio homenaje a *Cinco horas con Mario* (Delibes) con un capítulo en el que brilla la incontinente voz de la abuela ante el lecho de la amante del marido, la gitana por quien la abandonó y por la que ahora la va a buscar. Es un texto oral, sumamente teatral, además de un alarde gramatical pues el capítulo consta de un sólo párrafo.

Pero fundamentalmente el pueblo de Mariela es Puebla de la Calzada (Badajoz), jalonado por el Guadiana, adonde Díaz va asiduamente desde Barcelona a reencontrarse con los veranos de su infancia en casa de su bisabuela Natividad. "En el mundo rural hay más libertad para un niño y rige un código moral que se ha perdido en las ciudades, que a mí me gusta recuperar", señala. Los pueblos dominados por algún poder están siempre presente en sus obras. Como las mujeres, fuertes y poderosas. O los juegos de apariencias.

Jenn Díaz acaba de cumplir los 26 años y ha escrito cuatro novelas: *Belfondo*, con la que sorprendió al público por su madurez, *El duelo y la fiesta*, *Mujer sin hijo* (interesante distopía en la que las muje-

La niña Mariela no pregunta pero quiere saber y, de palabras oídas al vuelo, desvela los secretos familiares

res son obligadas a engendrar) y *Es un decir*. Todos los textos, que exigen la complicidad del lector, tienen un estilo muy personal, tan vital como delicado. La autora escribe con frenesí, cada día. Sobre papel. Inspirada en sus lecturas, en lo que ve, oye, imagina y siente. Y dice de sí misma: "La vida me quiere escritor". Será interesante ver en qué jugo literario destila sus vicisitudes en el futuro. |

Bud Fields y su familia en casa
WALTER EVANS



Narrativa extranjera Se publica el crudo reportaje de James Agee sobre los algodóneros de Alabama que 'Fortune' decidió no editar setenta años atrás

Una poética de la dignidad

James Agee
Algodoneros. Tres familias de arrendatarios
Fotografías de Walker Evans.
Traducción de Alicia Frieyro

CAPITÁN SWING
159 PÁGINAS
18,50 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

En sus breves 46 años de vida James Agee (Knoxville, Texas, 1909-Nueva York, 1955) dejó dos estupendos libros que hoy consideramos imprescindibles. Uno fue *Ahora elogiemus a hombres famosos* (*Let us now praise famous men*, 1941), y el otro la novela autobiográfica *Una muerte en la familia* (*A death in the family*) aparecida póstumamente en 1958 que obtuvo el Pulitzer. Ambos están traducidos y reeditados. Suyos son, además, los guiones de dos clásicos del cine norteamericano, *La reina de África* de John Huston, y *La noche del cazador*, única película dirigida por el gran Charles Laughton. Todo lo cual sirve para explicar por qué el recuerdo de James Agee sigue estando justificadamente vivo en la memoria de lectores y cinéfilos.

Dicho esto, ahora debemos reconstruir un momento histórico. Recién graduado en Harvard y con el aval de un libro de poemas Agee ingresó en 1932 como redactor de plantilla en la revista *Fortune*, una de las perlas -las otras dos eran *Time* y *Life*- del imperio periodístico de Henry Luce. Cuatro años más tarde, esto es, en 1936, Agee recibe de sus jefes un encargo potencialmente explosivo: lo mandan, junto a su amigo y extraordinario fotó-

grafo Walker Evans, al estado sureño de Alabama para componer un extenso reportaje sobre las condiciones de vida de los arrendatarios algodóneros en plenas secuelas de la Gran Depresión. Tras varios meses de trabajo duro y concienzudo, Agee regresa con un texto de treinta mil palabras que *Fortune* decide, simplemente, no publicar. ¿Tal vez demasiado veraz e indigesto para los directivos del grupo mediático y para los estómagos de sus selectos lectores? Así lo cree Luce. De manera que pasa algún tiempo y

La lucidez de Agee no inspira demagogia; a lo sumo una náusea de rabia cuando vemos la tragedia de las familias

Agee acaba por editar *Ahora elogiemus a hombres famosos*, un reportaje-narración sustentado en los materiales extraídos de su estancia en Alabama. El libro, sobrecogedor, estaba a la altura de *Las uvas de la ira* de John Steinbeck, sobre el desamparo social y moral de una familia en busca de la supervivencia en los campos de la desolación.

Pero hubieron de pasar 70 años para que fuese hallado entre los pa-

peles de Agee el formato original de la crónica de treinta mil palabras que en 1936 entregó a *Fortune* con el título de *Algodoneros*, la revista no quiso publicarla y él conservó hasta su muerte. Este es el texto-fuente que apareció por primera vez el pasado año en forma de libro y ahora he leído de nuevo con un nudo en la garganta. Porque la historia de las tres familias de algodóneros blancos, la de Floyd Burroughs, la de Bud Fields y la de Frank Tingle, todas ellas emparentadas y sus barracas ocupando un promontorio de tierra rojiza del condado de Hale, en el centro oeste de Alabama, nos es narrada por Agee con una prosa cuyo rigor niega toda escapatoria. La lucidez de Agee formula una poética de la dignidad humana denigrada. No inspira demagogia; a lo sumo una repugnancia, una náusea de rabia que se instala en la conciencia cuando vemos, guiados por el magisterio periodístico y ético de Agee, la tragedia de las tres familias desde las diversas facetas de una situación humillante, injusta: dinero, vivienda, comida, ropa, trabajo, educación, ocio, salud; y un par de apéndices imprescindibles sobre los negros y los terratenientes. Esa era la dolorosa realidad de entonces. El más leve toque de ficción hubiese sido inmoral.

Y si no bastara la conmoción que suscita el relato de Agee y la crudeza de las palabras introductorias de Adam Haslett -autor del precioso libro de relatos *Aquí no eres un extraño*-, ahí están las lacerantes fotografías de Evans. Analicen la imagen que ilustra este artículo o el rostro cincelado por el sufrimiento de Floyd Burroughs que nos interpela desde la portada. El sur de los treinta ya no existe, pero el sistema que explotaba a los aparceros se ha globalizado. Agee sigue siendo perturbador. |